

LECCIÓN III

Los diversos fines a que debe tender la Universidad Vasca: el profesional, el educativo, el de investigación.

Organización de estudios.

POR DON TELESFORO DE ARANZADI

Catedrático de la Universidad de Barcelona

¿Qué fines ha de cumplir la Universidad? De mil papás de bachilleres no sé yo si habrá uno, que no piense escuetamente en esta contestación: servir para dar carrera a mis hijos. ¿Qué es dar carrera a los hijos? A esta pregunta la ingenuidad contestaría: Conseguir para ellos un título académico. Este fin ya cumplen las Universidades existentes en España, y ¿para qué otra más a la reata? A lo que me saldrán al paso el bolsillo paterno y el regazo materno con sus consideraciones correspondientes; como si todos los papás y todas las mamás viviesen en la localidad, en que habría de estudiar su hijo a gusto y comodidad de aquellos.

Los papas reunidos logran por fin convencer a los hacendistas del país, de la conveniencia de encauzar los gastos estudiantiles, de tal modo, que no sean artículo de exportación. Las patronas más o menos futuras y el comercio toman posiciones para la lucha en defensa de la localidad. Otros gremios se aprestan a tender sus redes y la pedantería circundante acecha en sus atalayas.

Por disposición oficial sale de la nada una fábrica de titulados; bastando para ello, además de la primera materia (el estudiante), el cuerpo de confeccionadores y expedidores. Este se recluta por los consabidos procedimientos memorista, oratorio, de zancadilla, triquiñuela, lastimero y soplón (oposiciones); o por reglas casuísticas opuestas al verdadero interés de la ciencia, por arbitrarios y comineros R. D. (concursos), con la mayor hipocresía de los santones y tutores de la ciencia oficial, inspiradores de tales R. D., preparados para favorecer a compadritos sin más ideal que el descanso. Se instalan unas cuantas oficinas lóbregas y unos cuantos charladores a turno, sin olvidar, ¿cómo no?, un salón muy abigarrado para la soflama inaugural; y... Universidad tenemos o...!

Llueven licenciados al por mayor; el mundo ambiente se alarma; los profesionales ponen el grito en el cielo y se hace flamear la palabra prestigio. Resultado: los confeccionadores aprietan la malla por procedimientos análogos a los de quienes les pusieron en la mano el mango de la sartén. El mundo se tranquiliza y sigue el cultivo de la pedantería del señorito; considerando como un ideal inaccesible «el averiguar en el acto del examen, si los conocimientos manifestados impregnan el cerebro, o forman sólo un barniz; mientras se hacen mil equilibrios para poder aprobar decorosamente a numerosos alumnos.» Conservado el buen parecer y el prestigio o trampantojo, no se echa de ver que un cerebro impregnado por la audición y la lectura, podrá parecer que cumple misión en el mundo gracias al privilegio del título; pero se olvida que, como decía Gallenkamp en 1903, si la escuela cuida de la capacidad de recepción, la Universidad debe cuidar de la de producción, que es más individual.» En una Universidad de señoritismo tampoco faltan las

resistencias exteriores y opresiones, que se sortean con el estira y afloja; distinguiendo entre peligrosos e infelices, a la manera de ciertos ejércitos que, enviados a combatir a las cábilas rebeldes, las evitaban y, a la vuelta del paseo militar, cortaban unas cuantas cabezas de mendigos ciegos para trofeo y demostración de eficacia. Lo esencial en las chapucerías universitarias es que haya habido bajas en un tanto alzado, aunque sean de las que ahuyentan a los tímidos y pundonorosos y no a los osados y desaprensivos; lo esencial es que, sea como sea y sin perjuicio de la particular benevolencia, la nueva remesa de licenciados no alarme a los que ya están en posesión de este privilegio.

El decoro y el prestigio de la profesión no parecen estar reñidos con «los pronósticos infalibles, calificaciones patológicas imprudentes, requiebros a la propia pureza e inocuidad y otras añagazas de prostitución profesional (1); ni con los esfuerzos por parecer más ilustrado que el pueblo a fuerza de palabras técnicas y con el empeño de que la importancia de la ciencia consista en imponerse y sobreponerse al prójimo». Por otra parte «la charlatanería y la falta de probidad no hay que identificar con el intrusismo; pues como de estas cosas no hay exámenes, ni oposiciones, ni concursos, y aunque los hubiera, posible es que en tales pecados caiga también algún facultativo.» (Aranzadi 1905.)

No olvidemos tampoco la ironía verídica del refrán: *beargille gaiztoa, eracusle on*. El catedrático de plataforma, que deja en absoluto las prácticas en manos del auxiliar y las niega en el compañero ocupado personalmente en las de sus alumnos, olvida que, como decía el hijo del gran Liebig, «el único camino recto para aprender a conocer al discípulo es ocuparse personalmente con él. El afán de exámenes no puede venir de quienes no tienen tiempo, sino de quienes no tienen el don del juicio y no han aprendido el arte de la vida» (1902). Esto del arte de la vida no se entienda como cierto estudiante cínico, que a su decano de entonces, también cínico, homenajeara diciéndole que «despreciando romanticismos inútiles, había tomado de la vida lo que en la vida tiene aplicación inmediata.»

El famoso descubridor del argón y del helio y de la transformación del radio en helio, W. Ramsay, decía en 1904: «cuanto más viejo soy, tanto menos tengo a los grados universitarios por prueba de capacidad productiva. Los exámenes son un hechizo en que los hombres de ciencia ya no creen. Las capacidades probadas en tales exámenes son lo último que se habría de desear a un estudiante de ciencias naturales: ejercicio de la memoria hasta la exclusión del juicio propio; amontonamiento de hechos científicos en vez de capacidad de ponerlos en relación y aumentar su valor; habilidad de acomodar su pensamiento a cada guiñada de su examinador, en vez de la fuerza y el entusiasmo para la investigación científica. Aquellas son cualidades ideales para un abogado de éxito, porque se acreditan en su profesión; pero su cultivo es el mayor enemigo de la verdadera ciencia natural. Un juicio sano, aunque sea lento; tesón para vencer las dificultades; conocimiento de dónde en cada caso se ha de buscar la enseñanza necesaria y utilizarla si se la ha hallado; fuerza inventiva; tales son las cualidades exigibles y sólo pueden adquirirse por observación propia y continuada.»

El profesor Paull, rector de la Universidad de Muenchen, decía en su discurso inaugural de 1910, que «hay demasiados estudiantes incapaces, o memoristas, o sin interés (interés que sus maestros no saben despertar); abundan la distracción y la holgazanería; los necesitados (siendo preferible ayudar del todo a pocos becarios que poco a muchos); los inconstantes; aquellos cuyo único ideal es la caza del título y en el caso menos picardeado se preparan para los exámenes con la angustia de si habrán estudiado algo que no les sirva para éstos (que a su vez son memoristas según reglas mecánicas, sin madurez ni método, contentándose el tribunal con su aplicación); los apresurados (que se avergüenzan de dejar pasar la ocasión de colarse empollando nerviosamente cada asignatura); los pura-

(1) Sin perjuicio de que el licenciado parisiense p. ej. exponga en su escaparate pieles de gato montés contra males del pecho.

mente receptivos (sin prácticas iniciales y con exceso de repasos y lecciones. Después de citar el dicho de Carlyle de que las Universidades son instituciones medio-evaes para las que la imprenta no parece haberse inventado aún, añadía que la primera regla didáctica debe ser la de enterarse de si le entienden a uno y para ello lo mejor son las prácticas, no debiendo pasar quien no es capaz ya de aplicar lo aprendido. No sabía él que este último veto puede aunar enfrente las picardías de arriba y abajo para aplastar el espíritu reformador en la persona de su cabeza visible, abandonada por quienes más obligados estaban a defenderla; y más tarde por ellos mismos y su mascarón de proa sañudamente perseguida la misma persona, al no querer servir de pararrayos en la estadística de suspensos por modo inveterado.

Cierto es que, como decía el Dr. Bonilla en 1914, «mientras la Universidad otorgue títulos, habrá en ella algo que vicia su altísima misión». Cuestión ésta, en la cual los farisaicos monopolizadores de la llamada alta inspección del Estado no han dicho su última palabra, para saber a que atenernos, ¿ha de haber cuerpo de examinadores?, ¿examinarán las facultades? ¿qué será de la ficción de los llamados alumnos no oficiales? De nada absolutamente serviría el dar ahora un plan, que nosotros no obtendríamos autorización para llevar a la realidad, o modificar según nuestro libérrimo criterio.

Alma del pueblo

En mi discurso de apertura de 1905 decía que «más que el prohijar ansias de pedantería de los tontos, afán de chocar de chicos mal educados y nataciones con calabazas en el mar social, urge el educar a nuestros discípulos en la sencillez y claridad de lenguaje, en la sinceridad, modestia y prudencia del pensamiento científico, en cierta disposición de espíritu apropiado para aprender y estimar el alma que cada pueblo tiene en su almarío, sin necesidad de traspasar la propia». No les ocurra lo que a cierto desnaturalizado serrano poniendo, a base de retórica paisajista, en el alma de sus paisanos desnudez interior, dureza, silencio y frialdad, como estado habitual entre raros sentimientos de expansiva benevolencia y entre manifestaciones criminales inauditas; sin querer esforzarse aquél en penetrar las formas de expresión de esa alma, no menos existentes, por no comprendidas.

Repetiré también que «dado al lenguaje el privilegio exclusivo como máquina de pensar, lo único que se ha conseguido es encerrar inteligencias generosas y expansivas en la jaula del verbalismo técnico y académico, que no sabe limitarse a lo necesario y acaba por divorciar la ciencia y el espíritu popular. Las inteligencias rústicas, vírgenes de instrucción literaria, extreman su timidez y modestia más allá de lo justo, lo que las conduce a la modorra y por último al suicidio de los conocimientos empíricos populares, viniendo a caer en manos del primer advenedizo.» Por otra parte el Dr. Herr decía a un paciente, acostumbrado a buscar remedios por sí mismo en libros de medicina: ¡Cuidado! Va V. a morir de una errata de imprenta.

¿Es útil al país el fomento de la pedantería? ¿Lo es a la misma Universidad, si esta ha de ser de veras un organismo vivo? No sólo no es útil, sino que es perjudicial y para nuestro país más que para otro cualquiera. Nosotros no necesitamos que nuestros licenciados hayan empollado sus asignaturas oficinescas cerca de casa y haciendo aumentar la recaudación de tales o cuales localidades. Lo que nosotros necesitamos es que nuestros licenciados sepan hacerlo bien en la realidad de su profesión; que en todo lo que no sea generalmente humano conozcan la especialidad del país, no de memoria verbal, o literaria, sino por haber desarrollado su inteligencia, sus conocimientos y su pericia en él y con él. Necesitamos que conserven, y los que no la tenían procuren ganar, la convivencia espiritual con nuestros paisanos; conociendo cómo hablan, cómo piensan, cómo viven; sobre- llevando defectos inevitables y que no faltan en los países más alabados, o están sustituidos

por otros tan malos o peores; corrigiendo sin denigrar, y con el ejemplo ante todo, los evitables; aprendiendo a penetrar en repliegues del alma que el extraño cree poder negar; considerando que el trabajo espiritual de aproximación lo ha de hacer en un todo la inteligencia cultivada y no la rústica; aquélla y ésta, si se buscasen en el camino más fácil, se encontrarían en la encrucijada de la brutalidad y en la grosería de la calle.

Yo no sé si las brutalidades de ciertos cuentos con pretensiones de baturros caerán bien en éstos; pero sí sé que nuestros aldeanos no miran con buenos ojos ciertos chistes a su costa. Peor es el caso del siguiente chascarrillo: «Un aldeano está cogiendo setas y un veraneante, que entiende de botánica, le dice al verle: tenga cuidado que son venenosas. No importa; no pienso comérmelas, son para venderlas.» Este chascarrillo demuestra que, para escribir un chiste, no se detuvo el autor ante la calumnia, por su confianza en que la aldeanería no iba a ir a la redacción a pedirle cuentas. El setero es más honrado que ciertos carniceros, pescaderos, etc., etc., y sólo por él se libra el mercado de las setas venenosas, pues el veterinario no las conoce. Los veraneantes entendidos en botánica de setas se cuentan en España por los dedos de la mano y todavía sobra algo. En Eibar, según D. Vicente Aguirre, en 40 años, y comiéndose allí muchísimo de algunas especies, no hubo más que un caso de envenenamiento, y ese fué en unos forasteros, que venían de Zaldua y las cogieron ellos mismos en el bosque.

Tratando de arboles enfermos en «Euskalerría» decía yo en 1898: «los hilos de los perrechicos, que se ponen en relación con las raicillas de los árboles de los bosques, si tienen en el suelo bastante mantillo a su disposición, son muy útiles a éstos, porque preparan este mantillo y ayudan a absorber sus jugos. A su vez los árboles con su sombra protegen la proliferación del hongo. En cambio, si no hay mantillo (consecuencia de la explotación, expoliación o exportación del lecho de hojas secas) toma el perrechico su alimento del árbol y se convierte en parásito peligroso, sobre todo para los Arboles degenerados. La deducción es que no se debe privar del sobrante de la vida de los aristócratas del reino vegetal a los perrechicos, que prosperan bajo su sombra y les ayudan en los trabajos radicales; pues se incapacitarían para portarse bien con aquéllos: verdades que aparacen algo extrañas en la vida exótica de los jardines, donde los hongos aparecen como hijos de estercolero o de deyecciones de trashumante, o como enemigos natos y declarados de las plantas cultivadas; pero no así en quienes estén familiarizados con el bosque. No sean nuestros licenciados unos jardineros exotizados, sino concienzudos ingenieros de nuestro bosque nativo, y cuiden de no convertir al perrechico en enemigo peligroso de la cultura por la supresión de su alimento propio. Ni se olviden de la solidaridad de nuestro humilde *gibelurdin* con nuestro linajudo roble y cuando los que presumen de ilustrados prácticos, desdeñosamente comenten: ¿el guibelurdin? si ya nadie se acuerda de él, como no sean cuatro aldeanos para masticarlo dentro de casa, ¿ni cuándo ha sido digno de otra cosa? Homero ni Horacio no le nombran, no se le ha esculpido en capiteles, ni lo tienen en cuenta las siete partidas, ni emboha a los lechuguinos, ni ha revelado sus amores a los sabios, ni se somete al regadío, ni se aviene al secano, ni se vende en los mercados de la metrópoli»; no se encuentren con que es tarde para cerrar el solar ya desolado, tarde para envanecerse con el apellido De Guibelurdiñeta, tarde para reedificar aquel con arquitectura de niño gótico. *Basorik gabe gibelurdin batere; eta gibelurdin gabe.... ¿Gibelurdiñeta? uts edo putz bai bada.*

Es de notar que no hay pueblo peor conocido que el nuestro por los centros científicos europeos; se hace necesario estudiarle, si hemos de evitar el extravío intelectual y por ende cordial de nuestros licenciados. Ni siquiera se justiprecia la verdadera proporción de nuestras montañas (1), las verdaderas características de nuestro mar, de nuestro cielo,

(1) Un inspector de 1.ª enseñanza de Navarra, con más imaginación y retórica que D. Quijote en el claviño, creía ver desde el fondo del valle de las Amézcoas la región de las nieves perpetuas.

de nuestra flora y fauna, de nuestra fisonomía, porte y andares, ni de nuestras concordancias y otros decires, ni de nuestras aptitudes e inclinaciones. De todo ello corren por ahí verdaderas patrañas, hipérboles, espejismos, enormidades y desfiguraciones. ¿Cómo no han de correr, sobre todo en lo psicológico y consuetudinario, si empiezan por tropezar en el lenguaje que, desconociéndolo, se atreven a comparar con otros también desconocidos?

En mi Etnología (1899) decía: «Una vez formado el espíritu étnico de un pueblo, hay que tenerlo muy en cuenta; si es insensato combatirlo desde fuera, por aquello de que los últimos serán los primeros y cada pueblo tiene que vivir con todos los demás; tanto más insensato es combatirlo desde dentro, porque acaba por estallar, o a fuerza de querer dejarlo en la oscuridad se desfigura y corrompe sin achicarse». Y aquí la insensatez y ¿por que no decirlo claro? la mala educación principia en el anillo, iniciador de la destrucción del cuarto mandamiento en el alma del mozalbeta, destructor de la hermandad escolar, acicate del despego, de la imitación servil y de un egoísmo tan feroz como cicatero. Lo que se inicia en la escuela sigue en la segunda enseñanza y ¿qué pueden esperar nuestros bachilleres en las Universidades en que, una vez el país partido por gala en dos, les tocó en suerte caer, si para sus propios y respectivos países no han conseguido éstas en su inmediato derredor tan siquiera atenuar el analfabetismo? Buenas humanidades te dé Dios.

Nuestras humanidades han de consistir en la propulsión de «nuestra» cultura; no por el esfuerzo hacia la singularización, sino por el cultivo de los gérmenes del acoquinado espíritu euskaldún; sin desollarle ni desarraigarle ni abandonarle a muérdagos y fatídicas sombras; favoreciendo si su aportación al acervo común del género humano; como flor en su propia planta, rodeada del verdor de que nació, y del que se distingue sin separarse de él; no con ilustración desquiciada, como la camelia vistosa y sin fragancia, prendida en ramita de pitósporo, privada de sus propias aromáticas flores.

Estudio prácticamente positivo

En la apertura de curso de 1905 dije ya que el *eusker*, de la idea *entzun arazo* (hacer oír), compuso el concepto *erantzun* (responder); de la idea *ikusi erazo* (hacer ver) compuso el concepto *erakutsi* (mostrar, a lo que muchos llaman enseñar) pero el concepto *erakatsi* (instruir) lo dedujo de *ikasi erazo* (hacer aprender.) No bastan el oído, la vista ni el entendimiento (*aditu erazo adierazo da* hacer entender es interpretar), para que se pueda hacer entrar la ciencia, es decir, el criterio científico; es menester el aprendizaje, el trabajo: lo mismo en los elementos que en lo fundamental y trascendental, en la vulgarización que en la Facultad. Haciendo mal se aprende, que no oyendo ni diciendo ni aun entendiendo bien. El que quiera instruir más que barnizar ni impregnar precisa sustituir los oyentes pasivos por aprendices activos, que corrijan sus malas entendederas (o nuestras malas explicaderas) con la contraprueba del propio ejercicio; no ha de ser fonógrafo, cinematógrafo ni hipnotizador, sino guía y acicate (stimulus) para que se trabaje y aprenda.

Quien quiera aprender una lengua viva con fonógrafo necesita un motor para poner en marcha el disco y un corresponsal para que le corrija los defectos e incorrecciones; pero sobretodo necesita pronunciar él mismo, bien que mal. Si no se puede aprender a pronunciar leyendo, ni escribiendo, ni oyendo, tampoco han de servir estos gerundios para aprender a operar, aquilatar, analizar, clasificar, resolver, indagar, explorar, experimentar, etcétera, etc. acciones sin las cuales no hay hombre verdaderamente digno de un título universitario. Estudiar ha de ser aprender y no se prende con las manos en los bolsillos. El profesorado ha de guiar al discípulo a la maestría y ha de ser estímulo para superarse por su propia inquietud investigadora; no buscando imbuír cantidad de ciencia, sino despertar el espíritu científico y hacer estimar el método.

Tan esencial para el estudio definitivamente eficaz es que el estudiante aprenda

haciendo lo que dice saber, que Liepmann afirma (1907) que en el cerebro las representaciones motoras, principal apoyo de toda representación de espacio, forman una parte esencial de lo que llamamos inteligencia. Y Thomson completa esta idea diciendo que «la dotación de una mitad del cerebro con el gran obsequio del lenguaje no se ha de atribuir a una aptitud primitiva o particular de esta mitad para tal función, sino únicamente a la circunstancia de que precisamente es la mitad, que está en relación con la mano más ejercitada en la niñez. En todos los diestros es el cerebro izquierdo donde residen los centros del lenguaje; pero en los zurdos están en el derecho.»

La ignorancia infatuada de dos famosos literatos, disputando la prioridad de la idea de que el ombligo sea un órgano rudimentario, no revela superioridad sobre cierto estudiante de medicina, buen sabedor de para qué le ha servido a cada uno aquello, de que no recordaba otro nombre que *txilborra*; o aquel examinando de pilotaje, admirable calculador de la situación astronómica de un buque, pero que se dirigió al tribunal en segunda persona de singular. Tampoco el fatuo intelectual, que interpreta una figura como cabra con cuernos hacia delante, no es superior al chico, que del Instituto lleva al vascuence el llamar al oso *otsue*; bien es verdad que en la misma localidad por *emakume* dicen *embrie*. La verbosidad, la facilidad de palabra, ni la retórica, poniéndolas enfrente de la práctica, no deben suplantar a la teoría. La teoría se cimenta mejor en la práctica que en la charlatanería.

Imitar a la abuela que no quería dejar bañarse al nieto hasta que supiera nadar; guardar absolutamente intactos instrumentos y aparatos, sin dejar a nadie montarlos, ni manejarlos, ni tocarlos, ni penetrar en el museo, gabinete o laboratorio, a pretexto de que no se sabe adónde se va a parar, cómo y por dónde se va, sin conocer el tecnicismo, las definiciones, las hipótesis, las leyes de la naturaleza, como regla antes que el ejemplo; hacer empollar el origen de la tierra antes de dejar manejar el soplete mineralógico, es desconocer la esencia psicológica del instruir y del aprender, es querer la cátedra y no la maestría. No vale hacer como si hoy se pretendiera que todo conocimiento haya de adquirirse por la observación directa y objetiva de las cosas sin preparación alguna por parte del alumno y sin que este se aproveche del trabajo ajeno, renunciando del modo más insensato a las ventajas de la imprenta. No, no es eso; el catedrático está obligado a saber que, si no está completamente desterrado de la práctica el refrán de «la letra con sangre entra», y no se ha introducido de veras en todos los grados de la enseñanza el principio evangélico de que «la letra mata, el espíritu vivifica», no debe ser él un escalón más en la misma rutina. La Universidad debe ejercer presión en el instituto para que el estudiante haya aprendido a estudiar con las manos y el instituto debe ejercer presión en la escuela para que el niño aprenda a usar sus manos en analizar y construir más que en destruir y sobar. Un objetivo de inmersión no se puede poner impunemente en manos de un ayuno de teoría, pero tampoco en manos de un teorizante ayuno de toda práctica de microscopio, ni menos será razón para que duerma el sueño de los justos sin que ni el catedrático lo toque. Con menos exigencias textuales y mayor iniciación práctica, sin el fomento del memorismo por el examen de grado de bachiller, con más elección y menos obligación en el contenido del último año de éste (Paul: 1910), con el dibujo del natural como preciosa escuela de observación (Kerschensteiner: 1904), sin la posibilidad del «pons asinorum», el catedrático explayador no podría subsistir.

En la realidad actual no necesita el estudiante de lecciones dadas por un lector, y tan inútil por lo menos para la verdadera educación científica es el discurso lato de cátedra, espejuelo de ciencia que a muchos estudiantes seduce y les es más cómodo que la eficaz disciplina activa, en tanto que para el profesor es una vía muerta, que requiere tiempo y esfuerzos engañosos e infecundos. Por esto huelga la parte puramente descriptiva en un programa con pretensiones de útil y eficaz; y es una ridícula exigencia la de que éste cumpla como un índice con el contenido de una ciencia. Ya que no está en manos de la

Universidad el hacer desaparecer de la realidad la justificación del concepto irónico de bachiller, Don sábelo todo, charlatán y crítico, no se siga en ella cultivando el mismo tipo, córtese el revésino a tiempo, encáucense los talentos desparramados, dómense la falta de probidad científica, los aires de superioridad y las travesurillas de laboratorio, veamos si nos comprenden y si no es peligrosamente susceptible de interpretación inversa lo que tal o cual libro dice.

La enseñanza verbalista no responde mejor a los fines culturales sustituyendo la noria del programa completo con disertaciones latas sobre una parte de la ciencia hecha; pero tampoco se adelanta gran cosa con la exagerada especialización práctica que, como dice Fries, convierte a los estudiantes en obreros manuales, trabajando en lo que ignoran para que puede servirles; la inmensa mayoría sale desconcertada de esos a modo de talleres de relojería en que se enseña sólo a trabajar en fabricar una rueda, sin alcanzar nunca a armar un reloj; ni con la integridad de un programa de prácticas uniforme, mecánicamente repetido todos los cursos y para todos los alumnos.

La industria es prácticamente unilateral y, como dice Gallenkamp (1903), «si fomenta la producción en masa de elementos auxiliares científicos, fuerza a la ciencia a ser unilateral, y la unilateralidad es la muerte de la ciencia»; unilateralidad que en las ciencias sociales es parcialidad, envuelta en el manto del clasicismo, humanismo, estatismo, etc. Si cada pueblo tiene su individualidad, en que su Universidad ha de arraigar, haciéndola florecer y fructificar para bien de la unidad en la variedad del género humano, también cada estudiante tiene su individualidad y su problema que, bien atendido a tiempo, sin dejar de hacerle caminar por las alturas de donde se ven diversos valles, le permita actuar después contento en el suyo propio o, si a mano viene, en la breña impenetrable, sin perder el anhelo de la cumbre que ampara a su valle.

«La individualización de la práctica universitaria muy difícil es que se realice bien antes de la tesis doctoral y es un absurdo intolerable el monopolio de ésta en la Universidad que así misma se llama central. La elección de tesis absolutamente independiente supondría ya la propia capacidad científica, que se quiere probar. Es pues necesario facilitar la elección con un caudal de problemas o temas en mayor número que el de estudiantes, sin horcas caudinas ni derecho de pernada, sin esquema de estimación exclusivista, pero con ocasión de comparar sus propios métodos y resultados con los de sus compañeros de laboratorio y los consejos del profesor a unos y otros. Este debe saber dónde hay problema» y en nuestra Universidad debe saber plantear los que indebidamente se dan por resueltos con respecto a nuestro país en otros centros científicos; «para los doctorados más limitados los de colección y que van como sobre carriles; para los más capaces y personales los que exigen buscar y tantear diversos caminos, siempre dentro de la manera de ser individual.» Fuera de estos trabajos (y aún dentro de ellos) es perjudicial el exceso de especialidad y cantonalismo facultativo con los mezquinos celos profesoraes y el apartamiento absoluto de la vida anímica popular.

Progreso de la Ciencia y aplicaciones

Si contrario a la esencia de la Universidad es el cantonalismo de las Facultades, si la incongruencia de aquella con el espíritu étnico la constituye en cuerpo extraño con todas las malas consecuencias que esto trae consigo, también la incompreensión recíproca de los hombres de ciencia y los industriales es dañina al progreso de la producción del país y a la necesaria base de sustentación de aquella. Ramsay decía que «un amigo docto le había hecho notar que la mayoría de las innovaciones de la industria tienen su origen en las Universidades ¿por qué? porque el investigador se siente en ellas libre. Si un hombre continúa mejorando un procedimiento, puede tener éxito fácilmente, pero no revoluciona-

rá la fabricación. El investigador puramente científico, que tiene la libertad de seguir ciertos indicios, al parecer de poca importancia práctica, no es raro que haga descubrimientos radicales, punto de arranque de la transformación de varias industrias en sus cimientos». Ya decía Franklin ¿qué utilidad es la de un niño recién nacido? Sin embargo, la industria no puede esperar a la maduración de los frutos de nuestros futuros investigadores; nuestros estudiantes serán impotentes, decía Lauth (1898), para ocupar su mente con problemas industriales y para adquirir pericia de taller, en tanto que tengan que prepararse para exámenes. Lauth proponía, venciendo la resistencia de los profesores a compartir labores con hombres sin título académico, confiar a industriales unos cursos de fin de carrera, dedicados a métodos, economía y aspiraciones de la industria respectiva.

Se ha dicho también muchas veces que entre los fines de la Universidad está el de la divulgación, vulgarización o extensión universitaria. Ciertamente que, como ya dijo Unamuno en 1899, los grandes impulsos progresivos los traen los bárbaros, los que irrumpen desde fuera, es decir, los que se ha dado en llamar autodidactos. Pero no se sirve a tal posibilidad sin compenetrarse de cómo piensa, qué quiere y cómo entiende quien ha de aprovechar esos esfuerzos de la Universidad, y Pasteur decía que en la observación favorece la casualidad sólo al espíritu preparado. No en todas partes se aspira a la igualdad por el alfabetismo de maestro rampón y cursi; la Federación obrera americana resolvió en 1919, dirigirse al Presidente de los E. U., al del Senado y al de la Cámara recomendando «el estudio de un amplio programa de investigaciones científicas y técnicas con todo el apoyo necesario, más útil que el trabajo de distribución de la riqueza; pues el trabajo científico puede elevar el nivel de las condiciones medias de vida, por la intensificación de la producción industrial mediante la utilización práctica de sus descubrimientos».

«Esta misión universitaria de trabajar por el progreso de la ciencia, que lleva consigo la de preparar a los futuros investigadores, y por otra parte la misión de preparar a los profesionales, llegan a estorbarse mutuamente en cuanto el número de discípulos pasa de las dos docenas. Los auxiliares, encargados de la preparación profesional, no gozan de la intervención correspondiente en el gobierno de la Universidad; los profesores absorbidos por la misión investigadora y los que se dedican exclusivamente a la profesional se sienten antagónicos; de aquí que Ostwald propusiera en 1911 ir descartando del profesorado universitario la tarea investigadora con la creación de institutos científicos de investigación, en que sus directores reciben a discreción (sin certificados) unos cuantos discípulos colaboradores, los que ellos quieran; aligerar la segunda enseñanza, con lo que el estudiante empezará más pronto y será bastante joven para someterse todavía a limitaciones de su libertad, necesarias para su provecho; aproximándose la Universidad al modo de ser del Colegio inglés o americano. Añade Ostwald que donde se trate de nueva creación deberá ponerse en claro qué es lo que se quiere, lo profesional o lo investigador.»

Nuestra Universidad no tiene opción; no puede renunciar a ninguna de las dos misiones. Se necesitan los profesionales en ella preparados; pero urge más el dar fe de vida científica investigadora, para el espíritu del país y para exigir para sí la vida legal y jurisdiccional. Después tiempo habrá de que vaya naciendo la necesidad de que las Instituciones de investigación científica cedan la misión profesional a los Colegios. Crear una Universidad puramente profesional, y peor si cabe con la agravante de que fuese incompleta, quizás limitada a la Facultad de Derecho, traería indefectiblemente consigo lo que el Dr. Miral llama «verdadera pereza del espíritu», frase con que retrata a la Universidad española. Para nosotros sería peor; sería un feto averiado.

Unamuno decía que tenemos que arar muy hondo nuestro suelo espiritual antes que en el echemos las semillas importadas; y «si la Universidad no nos da odio al formalismo, atención al pueblo, heroísmo de trabajo, sumersión en la realidad concreta, fija la vista en la más alta idealidad abstracta» añadía «habrá que darla garrote vil.»

Debiendo empezar por la creación de centros de investigación científica, no vayamos

a creer que hace falta mucha piedra sillar (ni menos la primera piedra consabida) con arquitectura neo-clásica, o muchos azulejos con arquitectura de crocante; tampoco hace falta instalar laboratorios con clasificación aparente de las mesas mediante letras góticas de esmalte engarzadas con cadenas bronceas. Lo más necesario es que casi ningún local sirva para la cría espontánea de perrechicos; se necesitan mucho aire y mucha luz natural, concordancia higiénica entre la ventilación y la calefacción, electricidad, etc., etc. Se necesitan museos y archivos, se necesitan bibliotecas no supeditadas al cuerpo oficial de archiveros y si a las necesidades del trabajo práctico, Se necesita que todo el personal, desde el director hasta el último mozo, sea adecuado.

Los ingleses dicen «The right man in the right place», que no he conseguido traducir al castellano por lo que ya he dicho al principio. Queramos y sepamos hacer que en *euskera* se pueda decir *toki egokian gizon egokia*. Ni lerdos y dejados, ni fanfarrias y osados, ni figurantes y mistificadores, ni maquinales y covachuelistas. El universitario español suele empezar su vida independiente turbado y desfallecido, agobiado, poseído por las muchas cosas (o muchas palabras) que en el mejor caso sabe; o lo que es peor e irremediable, tomando a veces por regla de conducta el aquí que no peco y en tierra de ciegos el tuerto es rey, guardemos las formas y acomodemos los hechos (o lo que hacemos aparecer como tales) a la pauta o la moda», en todo caso fuera de la realidad extraoficial. En cierto ambiente se suele oír decir que el procedimiento menos malo es todavía el de la oposición; cierto sanhedrin sostiene que el remedio ha de estar en sus manos; la experiencia dice que uno y otro están en falso por falta de perspicacia, carácter y voluntad. Si no hubiese verdadera vocación juvenil para el continuado esfuerzo científico, inútil sería que los viejos bregáramos por crearla ni por conducir a ella a quienes no buscan más que una mejor posición social, más considerada, más segura, más influyente y ello lo más pronto posible. Negar la vocación sería muy fácil y estaría pronto a ello el catedrático más indigesto: pero sin ser pesimista se ha de reconocer que en todas partes es escasa y menos valdrían persuasiones para hacerla brotar donde el egoísmo y la vanidad paternos se avengan mejor con el cohecho que con la verdadera justicia y se muevan en un ambiente desafortunadamente mercantil. La vocación científica, honrada, sincera, no tiene un despertar tan fácilmente espontáneo como la artística, ni tan fácilmente estimulable por el interés personal como la profesional; se necesita despertar la imaginación con conocimientos y problemas insospechados y presentar la posibilidad de un porvenir al amparo de las veleidades de la calle, pero al servicio de lo que ni es vanidad, ni lucro, personales.

Ábrase concurso de pensiones a universitarios y sus equivalentes de escuelas especiales; quizás con ejercicios complementarios y dando la primacía a lo que la vida práctica media no comprende como útil; procúrese evitar la enagenación o descastación por lo prematuro de la expatriación; evítese por lo mismo la tacañería, el abandono y las tardanzas y socaliñas covachuelistas en el auxilio al pensionado; pensiónese para donde verdaderamente se pueda aprender y exíjense condiciones previas en aquel para aprovechar la pensión; cuídese de la información a recibir de los instructores y véanse muestras sin suplantación de la actividad de aquel; a su vuelta hágase su instalación en condiciones de poder trabajar sin lujo ni miseria; obsérvese su actividad organizadora; concédasele un plazo prudencial, ni excesivamente mercantil ni excesivamente literario, para la espera de algún fruto; imbúyasele bien el convencimiento de que no se trata de una sinecura; haya inexorabilidad cuando el fracaso sea evidente; ahuyéntese de si el desmayo subsiguiente y persístase en el procedimiento con tenacidad japonesa.

Alguno responderá a nuestras esperanzas y poco a poco irán poniéndose en marcha instituciones científicas de investigación. Entonces ya la Universidad vendrá bien, si en ningún momento falta la voluntad vigilante y perspicaz; y el «alma mater» de nuestros nietos será hija efectiva del alma popular y del espíritu científico, sin adulterio hidalguelo, ni caciquil, ni oficial, sin infección ni avería.

De estos nietos espirituales nuestros e hijos de la Universidad, pocos podrán ser los que persistan en el duro trabajo de desenmarañar las avanzadas de la ciencia y abrir camino al ejército de profesionales. Unos caerán prisioneros del extraño; otros sucumbirán, y los habrá que se embosquen para aprovecharse después de las gestas de los caídos; tampoco faltarán los que intenten dar humazo o camama a la propia retaguardia; muchos por poquedad de espíritu o por insuficiencia de abnegación preferirán entrar en línea o en territorial del ejército de lo profesional, sin dejar de servir a la patria científica. El soldado de línea de la retaguardia de la ciencia, si algún tiempo ha respirado el ambiente de los problemas de ésta, en vez de dedicar sus ratos de ocio a la escopeta y perro, al chameo o tresillo, a las discusiones taurinas y martingalas de la política arribista, a los Pecados capitales o a las ausencias abusivas, podrá y sabrá querer aportar su granito de arena a la colaboración; en todas partes posible y en todas partes necesaria, más que en todas en nuestra alma popular, abuela inmortal de aquel y de nietas dignas de atención. Entre todos sabemos todo lo que se sabe, nadie lo sabe todo y de todos se aprende algo. *Zarrago, ikasi naiago.*

Organización de estudios

La organización de los estudios de la Universidad profesional no vislumbro en lontananza la posibilidad de que nazca independiente de los «núcleos fundamentales de enseñanzas que hayan de contener los planes de estudios, núcleos que el Estado es el que fija y determina» e inútil sería que tratásemos de ellos. Alrededor de esos núcleos los planes de estudios corresponde a la Universidad misma, ya constituida, el organizarlos y distribuirlos. Sin embargo, no estarán de más algunas indicaciones generales.

La Universidad autónoma no debe tener como misión aceptable la de examinar a esa ficción que se ha dado en llamar alumnos libres. En cambio, deben rechazarse las trabas ridículas del traslado de matrículas, bárbara extorsión en casos de traslación justificadísima y telas de araña en los compinches y propinados. Los estudios no pueden ser baratos, pero deben darse posibilidades a las inteligencias sin recursos económicos, mediante becas (a que moralmente están obligados los hombres enriquecidos) y mediante la digna compatibilidad de los oficios humildes en el estudiante. El ingreso en la Universidad conviene que sea con pruebas de aptitud, por lo menos mientras la inspección de la segunda enseñanza del distrito no aconseje su supresión; los traslados de otras Universidades se atenderán a las consecuencias de la posibilidad de la insuficiencia de su preparación.

No conviene la proximidad muy inmediata del instinto de segunda enseñanza, en bien del desarrollo normal de la buena educación en ambos centros, habida cuenta de la diferencia de edad y carácter de la enseñanza. Será prudente evitar la formación del montón anónimo y anárquico del año preparatorio, subdividiéndolo por profesiones entre varios profesores de ciencias y filosofía. Los exámenes orales y parciales en época determinada son dañinos a estudiantes y profesores; el mes de Junio será uno de tantos meses de estudios y el de Septiembre completamente vacante.

Las vacaciones de Navidad y Semana Santa pueden servir para distribuir los estudios equitativamente en porciones por razón de materia, método, oportunidad de época, agrupación de los estudiantes, etc. La prelación de estudios la establecerá la Facultad respectiva, pero en buena armonía con sus compañeras.

Las clases teóricas serán de una hora como máximo, pero el trabajo diario podrá ser de 8 horas, para lo cual convendrá que muy cerca de los laboratorios haya comedores de uno u otro sistema, lavabos, etc., así como bibliotecas abundantemente servidas y bien nutridas de los libros de más uso, sin necesidad de la posesión individual. El estudiante podrá llevar un ejemplar a casa mediante garantía, excepto de los libros raros. Ga-

rantizará también los destrozos de prácticas y se asegurara contra accidentes del trabajo.

Sin perjuicio del pié forzado de los núcleos de estudios, señalados por el Estado, conviene una cierta opción a la especialidad; cabrá también la matriculación sin efectos académicos.

Los institutos de investigación científica, que consideramos necesario existan previamente, no serán obligatorios para la carrera, no tendrán exámenes; pero en ellos (1) se elaborará personalmente el tema doctoral bajo la inspección del personal facultativo a ellos adscrito. La tesis podrá ser juzgada por especialistas, que no todos es preciso que sean profesores de Universidad. El idioma de la tesis no será uno obligado y siempre se le tendrá al *euskera* todo el respeto que de nosotros merece y de quien con el *euskaldun* conviva hay derecho a exigir.

La organización del profesorado depende de las condiciones en que se otorgue la creación de la Universidad, que no debemos aceptar sin su autonomía y que se ha de evitar se forme por aluvión formalista (2). No cabe aceptar Universidad incompleta; lo que si cabe y es convenientísimo es prepararla con instituciones de investigación científica, entendiendo las ciencias en el sentido amplio. Esto, sin embargo, ha de ser sin dejarse seducir por personalidades más o menos infatuadas y tan poco garantizadas por su preparación como por su seriedad, aunque pretendan el monopolio de la metodología real y verdadera.

El personal facultativo debe entrar con la garantía de su preparación especial en donde nos consta que ésta es posible y probable.

Cada profesor, bien hallado con el trabajo de Sísifo de la investigación científica, sabe que, si la experiencia es madre de la ciencia, su padre es el saber dudar, lo que dicho de otra manera es el temor de Dios.

CONCLUSIONES

1.^a Nuestro espíritu propio, al que no tenemos derecho a renunciar y tenemos el deber de no ahogar, reclama de la legalidad la autorización para fundar una Universidad, que sea ante todo órgano propio, propulsor de nuestra cultura; la cual, sin necesidad de singularizarse más, aporte el esfuerzo y el espíritu de nuestro pueblo al acervo común del género humano.

2.^a No tenemos opción a elegir entre lo profesional o lo investigador; pero urge más lo segundo para dar fe de vida científica, para evitar la asfixia y envenenamiento del espíritu del pueblo y para poder exigir para sí la vida legal y jurisdiccional universitaria. Sin ello la Universidad meramente profesional traería indefectiblemente la verdadera pereza del espíritu. La base previa de instituciones de investigación científica ha de trabajar por el progreso de la ciencia, estudiando el país en sus respectivas especialidades. Antes será menester pensionar, para garantía de la preparación adecuada del personal facultativo de estas instituciones, estudios de ampliación apropiados, mediante méritos y pruebas; con la obligación remunerada de servir al país después durante un plazo prudencial, con aplicación de la capacidad adquirida al estudio objetivo del país mismo y con los medios que se han de proporcionar al ex-pensionado; o en otro caso compensación de los gastos de la pensión por el sostenimiento de otra equivalente con el provecho del ejercicio de su profesión.

3.^a La Universidad ha de ser autónoma y ninguna parte del país seguirá adscrita a otro distrito universitario. Esta Universidad ha de ser completa en sus Facultades y

(1) Es la única manera de evitar de veras la industria de los confeccionadores de tesis por 500 pesetas.

(2) Gladstone solía decir que en el curso de su larga carrera no había conocido ninguna gran reforma, unánimemente aceptada luego, que no hubiera encontrado en su primera hora la oposición obstinada de los especialistas; en este caso los especialistas son los monopolizadores de la llamada alta inspección del Estado.

podrá conferir títulos de Doctor en sus especialidades. Se procurará desde el principio no dejarse enredar en la maraña actual de I.P., sobretodo para evitar el aluvión formalista. Como un organismo vivo, que ha de ser, evitará el excesivo cantonalismo espiritual y personal de las Facultades.

4.^a Mediante pruebas de aptitud, o en su caso de la inspección de los establecimientos de segunda enseñanza y las reformas necesarias de común acuerdo, se procurará que los estudiantes puedan realmente empezar sus estudios con la preparación adecuada. Los trasladados de otras Universidades o centros de enseñanza deberán estar dispuestos a pruebas condicionales de admisión en el caso en que se juzgue necesario. La Universidad autónoma no debe tener como misión aceptable la de examinar la ficción, que se ha dado en llamar alumnos libres. No habrá exámenes orales y parciales en época determinada; el mes de Junio será uno de tantos meses de estudios y Septiembre completamente vacante.

5.^a La exposición oral no podrá exceder de una hora por tema y día; pero los trabajos prácticos podrán ocupar 8. Los estudios no pueden ser baratos; pero deben darse posibilidades a las inteligencias sin recursos económicos. Para el régimen escolar convendrá estudiar la organización de los Colegios americanos. Se evitará la proximidad inmediata del instituto de segunda enseñanza y así mismo la formación del montón anónimo y anárquico del año preparatorio; este último subdividiéndolo o como mejor se juzgue. Los cursos no serán de 9 meses, sino que se distribuirán los estudios equitativamente en porciones por razones de materia, método, oportunidad de época, agrupación de estudiantes, etc., por semestres o períodos más breves. La prelación de estudios la establecer la Facultad respectiva en buena armonía con sus compañeras.

6.^a Se le tendrá siempre al *euskera* el respeto que de nosotros merece, y de quien con el *euskaldun* conviva hay derecho a exigir. En todo lo que no sea generalmente humano se procurara el conocimiento directo de lo peculiar del país y se tendrán en cuenta sus actividades y modalidades económicas, sociales, etc., aunque sin supeditar las ciencias a sus aplicaciones. Para estas últimas podrá aportarse el concurso de personas competentes sin título académico.

7.^a Los temas doctorales se elaborarán personalmente en las instituciones de investigación científica, previamente establecidas, bajo la inspección directa del personal facultativo a ellas adscrito. La tesis podrá ser juzgada por especialistas, que no todos es preciso que sean profesores de Universidad. El idioma de la tesis no será uno obligado.

